

La restauración de nuestro Retablo, lección para la Historia.

¡Cuántas veces, al entrar por vez primera en nuestro templo parroquial, aquellos que no lo conocían se han visto asombrados ante la singular belleza y grandiosidad de nuestro maravilloso retablo! ¡Y cuántas veces, los que desde pequeños hemos admirado esta espléndida joya de la que disfrutamos en nuestra iglesia, nos hemos sentido orgullosos de él!

Pero esta magnífica obra escultórica sobre madera de principios del siglo XVIII, de estilo churrigueresco, del taller del ensamblador don Andrés de Huerta, precisaba ya de un urgente lavado de cara. Más que un lavado de cara, necesitaba una profunda restauración que mitigara los deterioros sufridos por causa del paso del tiempo y de diversos agentes agresores de esa extraordinaria madera, tallada a mano por artesanas manos que nos brindaron la oportunidad de disfrutar de una obra de arte que estamos todos obligados a conservar.

Y es que todo pueblo, para sentirse orgulloso de sí mismo y no renegar de sus antepasados, está obligado a conservar lo mejor de la herencia recibida de éstos, para, desde el presente, proyectarla hacia el futuro y dejar un legado ejemplar a las generaciones futuras.

Y Escalonilla no podía equivocarse ante tal disyuntiva; la Historia no habría perdonado a nuestro pueblo. Hacer frente al coste económico de la restauración del retablo exigía un esfuerzo por parte de todos que ha sido rápidamente asumido de buen grado por parte de la inmensa mayoría. Incluso desde todos los puntos de nuestra geografía nacional, aquellos escalonilleros ausentes de nuestro pueblo, pero orgullosos siempre de sus raíces y de su Cristo, han llegado los donativos necesarios para costear esta imprescindible restauración.

Ahora, la madera de nuestro retablo puede respirar tranquila. Gracias al esfuerzo y a la ilusión de los escalonilleros, lo tenemos en estupendas condiciones al menos para otros doscientos años. Cada vez que entremos en la iglesia, y dirijamos la vista hacia arriba, podremos seguir sintiéndonos orgullosos de nuestro retablo, y cuantos nos visiten, cada vez que lo contemplen, se seguirán asombrando de su singular esplendor.

Los más mayores podrán dormir tranquilos en la seguridad de que han hecho lo que se debía hacer, sin defraudar ni a aquellos de los que recibieron el retablo ni a aquellos, aún por venir, que podrán disfrutarlo por muchos años. Y los más jóvenes, los que tomaremos el testigo dentro de poco tiempo, habremos recibido una lección que nunca deberemos olvidar: al igual que todo pueblo que no conoce su historia está obligado a repetirla, todo pueblo que no conserva e incluso mejora lo mejor de su pasado no puede levantar orgulloso la cabeza sintiéndose seguro y satisfecho de sí mismo.

Por eso, cuando nuestro Santísimo Cristo de la Cruz a Cuestas salga de nuevo estas fiestas en esa magnífica procesión, plena de sentimiento, fervor y emoción, se sentirá satisfecho de sus hijos por haber cumplido su misión, por haber unido pasado, presente y futuro en un acto de unión fraterna del que todos debemos sentirnos complacidos.

Ha vuelto a confirmarse que, cuando el fin es noble, Escalonilla demuestra que es un pueblo sabio que sabe unir los medios necesarios para conseguirlo. Por eso decía: la restauración de nuestro retablo, lección para la Historia.

